

especial para *El Norte*, edición del 20 de septiembre de 1992  
Europa en manos de Francia  
miguel ángel granados chapa

Hoy, los franceses decidirán el destino de Europa. Y, en cierto sentido, del mundo entero. Al acudir a las urnas este domingo, para aprobar o reprobar el tratado de Maastricht (ciudad holandesa a la que en España, con gusto polémico se le llama Maastricht), no sólo resuelven un asunto interno, el de su propia adhesión o rechazo a la unidad europea. Por la influencia de ese país en el proceso de unificación, por el papel central de su economía en la del continente, y por el estorbo que significaría su desvinculación del fenómeno integrador, de hecho los franceses resolverán si hay Unión Europea, con moneda propia, a fines de este siglo, o no.

Veamos cómo se ha llegado a este intríngulis.

Es difícil establecer a quién se debe el concepto de una sola nación en Europa. "Cuando una idea corresponde a la necesidad de una época, deja de pertenecer a los hombres que la han inventado", escribió Jean Monnet. Pero precisamente a ese visionario francés, nacido en 1888 en la región de Cognac se le puede atribuir si no el origen, por lo menos el esfuerzo más antiguo y sostenido en pro de los Estados Unidos de Europa (aunque esa expresión, que define tan bien su idea, no sea suya sino de Churchill).

Monnet era sólo un muchacho cuando tuvo, como se tiene una aparición, la imagen de una sola nación europea. Había dedicado sus años mozos al negocio licorero de su familia, pero cuando se inició la primera guerra mundial, y él tenía sólo 24 años. Supo que a los aliados (Inglaterra y Francia, principalmente) se les plantearía un problema de coordinación del esfuerzo bélico. Pudo hacerse escuchar por su gobierno y fue enviado a Londres, donde participó centralmente en los mecanismos de cooperación internacionales, a cuya eficacia se debió en buena medida la derrota de las potencias centrales (Alemania y Austria-Hungría). Participó en la Sociedad de Naciones, y durante la segunda guerra mundial actuó de nuevo en coordinación con el gobierno inglés. Estaba especialmente preparado, por lo tanto, para examinar el problema de la posguerra, el de la reconstrucción.

Cuando en abril de 1948 se fundó en París la Organización Europea de Cooperación Económica, ese grupo de 16 países, debilitados por el desastre bélico, le pareció una iniciativa débil. Monnet lo dijo al primer ministro francés, George Bidault:

"El esfuerzo de los diferentes países en los actuales marcos nacionales será, a mi juicio, insuficiente. Además, la idea de que 16 países soberanos puedan cooperar eficazmente es una ilusión. Pienso que sólo la creación de una *federación* de Occidente, incluida Inglaterra, nos permitirá en un tiempo



oportuno resolver nuestros problemas". Idea semejante expuso a Robert Schumann, con cuyo nombre se ligaría más adelante el de Monnet en la primera concreción de una faena de alcance europeo: "el esfuerzo de los países de Europa occidental para ponerse a la altura de las circunstancias..., necesitaría transformarse en un verdadero esfuerzo europeo, que sólo será posible con la idea de una *federación* de Occidente".

Muy diestro en persuadir de sus ideas a los gobernantes (él nunca lo fue), Monnet convenció a Schumann de citar a una conferencia integracionista europea, que se reunió a partir de junio de 1950. Fruto de sus deliberaciones fueron la Comunidad Europea de Defensa y la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), de cuya Alta Autoridad fue responsabilizado Monnet. Naufragaría la Comunidad Europea de Defensa, pero la CECA evolucionó hasta ser el germen del mercado común europeo, surgido del tratado de Roma, de 1957.

Antes, en 1955, Monnet dio vida a un grupo cuyo título fue significativaivo: Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa. A su impulso obedeció la creación del Mercomún, o Comunidad Económica Europea, y el Euratom, el comité europeo para la industria nuclear. Poco antes de su muerte, en 1979, Monnet vio cristalizar otra de sus audaces empresas, la elección por voto directo de los integrantes del Parlamento europeo, con sede en Estrasburgo, débil como institución, fuerte como anuncio del futuro.

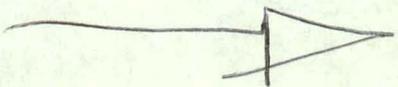
Fue natural, por todo ello, que el Consejo de Europa, reunión de los jefes de estado y de gobierno de la Comunidad, declararan a Monnet, en 1976, "ciudadano de honor de Europa". Al razonar su decisión, los estadistas europeos dijeron:

"Como realista que era, Monnet partió de los intereses económicos, sin por ello renunciar jamás a su objetivo visionario de llegar a un entendimiento más amplio entre los hombres y los pueblos de Europa que se extendiera a todos los campos. Pero ello no obsta para que ese objetivo no haya sido jamás repudiado. Ahora más que nunca, deberá servirnos de guía para permitir que nos elevemos por encima de nuestra tarea de gestión cotidiana. a fin de que ésta adquiera su verdadero relieve y su coherencia".

Una cosas eran las palabras, sin embargo, y otra los hechos. Los grados de integración económica y política previstos no se cumplían con la celeridad debida. Había zizagueos y aun retrocesos. En 1982, la Comisión Europea (uno de los órganos de gobierno de la CEE) encontró 770 ejemplos distintos de proteccionismo intraeuropeo. En 1984 se produjo el "despertar" del Mercomún, el "relanzamiento" de Europa: un plan para avanzar hacia una mayor integración en 1992, ocho años más tarde.

En preparación de esa meta, el 10 de diciembre de 1991 se reunieron jefes de estado y de gobierno de los Doce.

Esse propósito se concretó en 1985, cuando en Maastricht se suscribió el Acta Única.

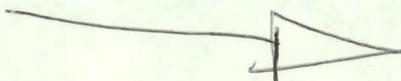


Iniciada con seis países, la Comunidad Europea (ya había perdido su limitante segundo apellido), había duplicado el número de sus miembros. Ahora lo son Alemania, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Holanda, Irlanda, Italia, Luxemburgo y Portugal. Acordaron dar un nuevo impulso a su acercamiento y crear la Unión Europea, "un espacio sin fronteras interiores", con una moneda común (a partir de 1999) que se encaminara hacia una política exterior y de seguridad común, hacia una defensa también común y hacia acciones judiciales y policíacas comunes también. En algunos de esos rubros el planteamiento es muy cauteloso. Por ejemplo, se dice que se busca "en el futuro, la definición de una política de defensa común, que podría conducir en su momento a una defensa común". El 7 de febrero de este año, el tratado que desarrollaba esas ideas fue suscrito por los estadistas europeos.

Había que ratificarlo, conforme a la legislación de cada país. El primero que debió hacerlo por medio de un referéndum fue Dinamarca, en junio. Para sorpresa de todos, los daneses votaron en contra de ese tratado. Luego, los irlandeses hicieron lo contrario. Pero quedó planteada la duda: ¿y si los europeos no quieren la unificación? ¿y si todo es un sueño o, peor aún, una maniobra de los *eurócratas*, como se llama a los miembros de los órganos de gobierno de la Comunidad, con sede en Bruselas?.

El Presidente francés Francois Mitterand decidió salir al paso de la incertidumbre. Tal vez pensó que, debido al relevante papel que Francia había tenido en el desarrollo de la idea europea, le correspondía hacer cuanto estuviera a su alcance para salvarla, y hacerla salir avante. Por eso decidió citar a un referéndum. En Dinamarca e Irlanda era obligatorio hacerlo. En Francia no. Era potestativo. El artículo 11 de la Constitución faculta al Presidente de la República para llamar a ese tipo de consulta cuando se trate de un asunto relativo a la Comunidad o de la aprobación de un tratado "que incida sobre el funcionamiento de las instituciones". Pudo haberlo hecho aprobar sólo por el Parlamento. decidió jugarse una carta histórica invocando a los franceses para que digan lo que a su derecho e interés convenga.

Pareciera que Mitterand no calculó la profundidad del ultranacionalismo francés, o el temor ante una integración que provoca daño a los pequeños participantes en la economía, o al menos los deja perplejos, azorados. Además, parece haber habido un exceso de confianza en que los votantes elegiría el sí, y el Presidente y sus ministros, hasta Jack Lang, el titular de Cultura y Educación, responsable de la campaña en pro de la respuesta afirmativa, no se negaron las infaltables vacaciones de agosto. En cambio, los partidarios del no, una



confusa amalgama de posiciones que políticamente incluye a la extrema derecha del Frente Nacional y la izquierda tradicional, la del Partido Comunista, trabajaron árdamente en favor de su causa. De modo que al comenzar septiembre las encuestas mostraban un gran equilibrio entre las dos posiciones por las cuales hay que optar.

Para colmo, el Presidente francés debió ser hospitalizado, cuando se descubrió que padece cáncer en la próstata. Y también las finanzas internacionales enfermaron: la libra esterlina entró en una de sus peores crisis, y el primer ministro británico John Major culpó de ella al Bundesbank, el podero y autónomo banco central alemán. He allí una disputa entre soberanías monetarias que indisponen contra la idea de una moneda común, emitida por economías muy disparejas.

Jean Monnet sentenció que el trayecto hacia los Estados Unidos de Europa "es un viaje sin retorno". Otros franceses, como él, dirán hoy si eso es verdad, o no.